

Marcin Kula

LOS ASPECTOS INTERNACIONALISTAS DE UN NACIONALISMO

Los estudiantes de los años veinte y treinta en la lucha por la libertad de Cuba y de América

La frase: «Cuba, el primer territorio libre de América» es generalmente conocida. Expresa la convicción de que la lucha por la emancipación de Cuba es parte de la lucha por la liberación de toda América Latina, convicción que tiene una génesis tan antigua como el propio castrismo. Esta idea se manifestó con absoluta claridad en la ideología del movimiento estudiantil cubano de los años veinte y de principios de los años treinta.

Todo el movimiento desarrollado en pro de la reforma universitaria acentuaba la necesidad de solidaridad entre los estudiantes de los distintos países de América Latina. El Manifiesto de Córdoba exhortaba a los estudiantes, no importa donde estuvieran en tierra americana, a colaborar en la obra de la liberación. En Cuba, el primer congreso estudiantil que se celebró en 1923 bajo el nombre de «Primer Congreso Nacional Revolucionario de Estudiantes» aprobó la *Declaración de los derechos y deberes del estudiante* en la que imponía a los estudiantes el deber de dar prioridad a la causa de todo el continente, antes incluso que a la causa del propio país. El congreso aprobó por unanimidad la propuesta de organizar cuanto antes la Liga Latino-Americana de Estudiantes que debería examinar las medidas y pasos a adoptar para realizar «el empeño de Bolívar: la República Latina de América».

Cuando fue leído el saludo de la Asociación de Estudiantes de El Salvador, el Congreso resolvió, a propuesta de Julio Antonio Mella, la transmisión de saludos de simpatía a todas las asociaciones estudiantiles de América Latina. Es característico el hecho

de que Mella consideraba que el acercamiento de los países latinoamericanos era indispensable para el fortalecimiento, desarrollo y progreso de su propio país, idea que manifestó al argumentar su proposición. Al acercamiento debería servir, entre otras cosas, un mejor conocimiento de la historia y de los problemas de los países hermanos a través de los programas escolares cubanos, asunto que también fue recogido y apoyado por el Congreso a instancia de Mella. De acuerdo con esta misma proposición en la Universidad de La Habana iban a ser celebradas las fiestas nacionales de los países de América Latina. Mella postuló asimismo el aumento del intercambio de estudiantes entre los países latinoamericanos reduciendo el intercambio con las universidades de Estados Unidos. Según Mella los estudiantes formados en el Norte resultaban «nocivos» para la cultura de sus propios países¹.

Cuando dos años después, el 18 de marzo de 1925, el Gobierno de Cuba organizó una manifestación de agradecimiento a los Estados Unidos por el reconocimiento de los derechos de Cuba a la Isla de Pinos, el Comité Antiimperialista de la Universidad publicó un manifiesto, firmado entre otros por Mella, en el que no sólo se protestaba contra los citados festejos sino que eran recordados también los derechos de otros países latinoamericanos. «El Gobierno de los Estados Unidos nos ha dado Isla de Pinos, porque era nuestra; pero, ¿por qué no da la libertad a Puerto Rico, y a Filipinas, que luchó tanto como nosotros por su independencia? ¿Por qué no devuelve los Estados robados a México y Panamá? ¿Por qué promueve la guerra entre Chile y el Perú con el laudo de Tacna y Arica?»².

La misma postura adoptó la Asociación de los Nuevos Emigrados Revolucionarios de Cuba fundada por Mella cuando tuvo que desplazarse a México. Entre los postulados de esta asociación se encontraba el de crear una «Federación de Repúblicas de las Antillas y Centro América, con México inclusive»³. Es muy característico

¹ Julio A. Mella. *Documentos para su vida (Primer Congreso Nacional de Estudiantes)*, Comisión Nacional Cubana de la UNESCO, La Habana 1964, pp. 43, 75-76, 130, 132, 133.

² «Pensamiento Crítico», 1970, n° 39, p. 36.

³ Del manifiesto publicado en «Cuba Libre», en la primera página del primer número; copia Archivo Nacional, La Habana (AN Hab.), Fondo Especial (FE), Caja 6, n° 133.

el hecho de que Mella—en el viaje que hizo desde México—al llegar al Congreso de la Liga Antiimperialista en Bruselas representó a sus secciones de México, El Salvador y Panamá. Como es sabido, poco faltó para que en el Congreso del «Profintern»—Internacional Sindical Roja—celebrado en Moscú fuese reconocido como representante de los sindicatos rojos de toda América Latina.

Dos circunstancias propiciaban la postura internacionalista de los estudiantes cubanos en aquel período. La primera era el hecho de que los estudiantes cubanos sentían una gran afinidad espiritual con los grupos estudiantiles de otros países. Como escribía Mariátegui «Los estudiantes de toda la América Latina, aunque movidos a la lucha por protestas peculiares de su propia vida, parecen hablar el mismo lenguaje»⁴. La segunda circunstancia era la cercanía de aquellos grupos con el movimiento comunista y con su ideología internacionalista. Julio Antonio Mella, dirigente estudiantil y comunista a la vez, puede ser un símbolo de ello. Consideraba que no sólo los pueblos latinoamericanos sino todos los revolucionarios debían unirse para la lucha. El primer postulado estaba, pues, comprendido en el segundo de rango superior. «La lucha es internacional, como internacional es la fuerza que sostiene al Gobierno de Cuba [...] Viva la solidaridad internacional de los revolucionarios!» decía una consigna—ilustrativa—sacada de uno de los manifiestos de la Asociación de los Nuevos Emigrados Revolucionarios de Cuba⁵, consigna que no se limitaba solamente a América Latina. En uno de sus últimos textos Mella convertía en condición indispensable para la abolición de la dominación imperialista en Cuba el estallido de revoluciones proletarias en todo el continente⁶. El congreso estudiantil de 1923 protestó no sólo contra las violaciones de la libertad de los pueblos de las Antillas y de América Central sino también de Filipinas, Irlanda, Egipto, la India y Marruecos, sin hablar ya de la protesta contra «el ensañamiento del capitalismo francés ante el indefenso pueblo ale-

⁴ J. C. Mariátegui, *7 Ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Lima 1958, p. 105.

⁵ Los Emigrados Revolucionarios al Pueblo de Cuba, AN Hab. FE, Caja 6, n.º 134.

⁶ Comp. S. Tutino, *L'Octobre cubain*, traducido del italiano, Paris 1969, p. 46.

mán» o de llamamiento al reconocimiento de la «República Socialista de los Estados Unidos de Rusia»⁷.

El sentimiento de comunidad con toda la América Latina se manifestó igualmente en la lucha de los estudiantes contra Machado. Machado era para ellos uno de tantos tiranos latinoamericanos. Era tanto la «calamidad nacional» como «el bochorno americano» empleando las formulaciones de un manifiesto estudiantil⁸. Los estudiantes opinaban que Machado era igual que Juan Vicente Gómez y al revés⁹. Veían en los tiranos seres semejantes y consideraban que la lucha contra ellos era una causa común. Cuando vencieron, para consolidar su victoria hicieron un llamamiento a los estudiantes de otros países porque los consideraban aliados naturales suyos.

El 10 de septiembre de 1933, el Directorio Estudiantil cubano envió telegramas a las universidades latinoamericanas acusando a Sumner Welles de instar a los oficiales apartados del poder a congregarse en el Hotel Nacional¹⁰. No se trata aquí de examinar la veracidad de la acusación. Lo interesante es como el espíritu de solidaridad estudiantil continental se transformaba en una acción concreta. Y lo curioso es que los estudiantes cubanos recibieron respuesta. Cuando el Gobierno Revolucionario logró mantenerse durante unos días, México expuso el problema de la retirada de los buques de guerra de los Estados Unidos. El encargado de negocios mexicano en Washington, Luis Padilla-Nervo informó al Departamento de Estado que los gobiernos latinoamericanos que se oponen a la presencia de la flota norteamericana ante las costas de Cuba se encuentran bajo la presión de sus propios estudiantes que les acusan de simpatizar con la intervención y que han sido excitados (*excited*) por los estudiantes cubanos¹¹.

⁷ Julio A. Mella, p. 95—96.

⁸ Manifiesto fechado en Patio de los Laureles, 27 XI 1929, AN Hab., FE Caja 3, n° 51.

⁹ Comp. por ejemplo el manifiesto de la Asociación de los Nuevos Emigrados Revolucionarios de Cuba, publicado en noviembre de 1928 en París (AN Hab., FE, Caja 6, n° 136).

¹⁰ Welles de La Habana, 10 XI 1933, in *Foreign Relations of the United States. Diplomatic Papers* [abreviatura: FR], t. V: *The American Republics*, Washington 1952, p. 418.

¹¹ Nota elaborada por. J. Caffery de la conversación con el encargado de negocios mexicano, Washington 13 IX 1933, FR 1933, t. V, p. 428.

Tras el fracaso del Gobierno de Grau San Martín Guiteras recogió el motivo internacionalista de la ideología revolucionaria. El que al lado de Guiteras muriera el 8 de mayo de 1935 Carlos Aponte, en tiempos el combatiente de Sandino, es un hecho de significación simbólica. Es interesante el hecho de que Guiteras pereciera cuando estaba esperando el barco que iba a conducirlo a México para organizar no solo una expedición armada a Cuba sino también la lucha a escala continental. Deseaba establecer contactos entre las organizaciones revolucionarias de distintos países y crear una organización común llamada «Joven América». Sus planes contemplaban la creación de una Confederación de Repúblicas del Caribe, países de una América joven y libre. En el programa «Joven Cuba» se hace referencia, dicho sea de paso, a la necesidad apremiante de crear un «parlamento de América»¹².

¡ Cuan distintos eran aquellos postulados panamericanos del panamericanismo propagado en aquel entonces en las consignas «oficiales» ! El panamericanismo de Guiteras y de sus predecesores estudiantiles estaba dirigido contra los Estados Unidos. Se oponía a las consignas del panamericanismo que trataba de abarcar en conjunto a los Estados de América Latina y a los Estados Unidos. En el congreso estudiantil de 1923 este asunto fue expuesto incluso *expressis verbis*. Tras la discusión sobre lo que debe considerarse como América Latina se resolvió «considerar únicamente como Latino-Americanas las Naciones de América que se extienden desde las riberas meridionales del Río Grande del Norte hacia el Sur, hasta la unión de los dos Océanos al Sur de la América Meridional»¹³. Esta resolución constató algo mucho más importante que el simple aspecto geográfico. Fijó las fronteras de una comunidad. Los Estados Unidos iban a ser marginados de ella. Al apoyar con tanto ardor la solidaridad de los países latino-americanos los estudiantes aprobaron una resolución especial contra el panamericanismo que trataba de abarcar también a los Estados Unidos¹⁴.

Una magnífica oportunidad para combatir el panamericanismo

¹² El programa fue publicado en «Ahora», el 24 X 1934; existe también un folleto publicado en 1934 y hay muchas otras reproducciones.

¹³ Julio A. Mella..., p. 49.

¹⁴ *Ibidem*, p. 132.

«oficial» proporcionó a Cuba y a los estudiantes que respaldaban al Gobierno Revolucionario, la Conferencia de Montevideo. Los Estados Unidos deseaban convencer a todos en Montevideo de que después de haber sido asumida la presidencia por Franklin D. Roosevelt su política hacia América Latina había cambiado. Cordell Hull se esforzó por convencer a todos los presentes de que la política de «buena vecindad» no se limitaría a simples declaraciones. Cuba, por su parte y por intermedio de su delegación afirmaba que, en realidad, no había cambiado nada, que los Estados Unidos seguían interviniendo, que en realidad su política seguía siendo una continuación de la política de intervenciones y que—en esencia y a pesar de las bellas palabras empleadas—nada había variado. «En esta Conferencia Panamericana Cuba ha sido líder indiscutible de las pequeñas nacionalidades y ha encabezado un bloque de repúblicas que han impuesto nuevas normas a estos congresos y obtenido resultados positivos por los cuales en vano se había luchado en conferencias anteriores» escribió a Grau San Martín al acercarse la conferencia a su fin uno de los delegados cubanos. «El primer problema que ocurrió y se resolvió felizmente fue el del discurso que correspondía pronunciar al Dr. Giraudy como representante del país en el que se había celebrado la anterior conferencia, discurso en el cual el Dr. Giraudy hizo una calurosa defensa de los derechos de las pequeñas repúblicas, explicó el proceso revolucionario de Cuba y nuestra situación frente a los Estados Unidos y marcó de esa manera la pauta que seguiría la Conferencia, ya que las pequeñas repúblicas se agruparon en torno de nuestra delegación. No ha habido causa noble y justiciera dentro de las tratadas por la conferencia de Montevideo que no nos haya tenido a los cubanos como sus impulsores y defensores, y hemos sido respetados, considerados, consultados y popularizados como nunca antes lo fue delegación cubana alguna, pues se sabía que hablábamos alto y sin miedo»¹⁵. El tono de la carta, por sus características, es casi más interesante que el contenido.

En la anterior conferencia panamericana celebrada en La Ha-

¹⁵ Herminio Portell Vilá a Ramón Grau San Martín, Montevideo 25 XII 1933, AN Hab., Donativos, Caja 301, n° 9.

bana, Machado trató de conseguir para Cuba el papel de primer aliado de los Estados Unidos, país al que respaldó para ayudarlo a mantener su supremacía en el movimiento panamericano. Hizo todo lo posible para que los delegados se llevasen la mejor impresión posible de La Habana y del país. En La Habana fueron arregladas las calles y reparadas las casas, fueron creados nuevos jardines y modernizados los edificios universitarios en los que iban a celebrarse las sesiones. El delegado cubano, Orestes Ferrara declaró que no podía adherirse a la exigencia presentada en la conferencia de aprobar la norma de la no intervención ya que en Cuba la palabra «intervención» estaba ligada a la conquista de la independencia lo que, por consiguiente, la cubría de gloria. Cuba hacía lo imposible para ayudar a los Estados Unidos a mostrar al Viejo Mundo y a la Sociedad de Naciones que los países latinoamericanos se agrupaban solidariamente en torno a Norteamérica¹⁶. Sin embargo, en 1933, en la Conferencia de Montevideo Cuba se hizo portavoz de los pequeños Estados y de sus intereses amenazados por los Estados Unidos.

En el período examinado los estudiantes cubanos se hicieron portavoces del anhelo de emancipación de Cuba. Como es sabido, aquella aspiración no era, en la época analizada, un fenómeno específico solo para Cuba. En los años treinta aparecieron en toda América Latina tendencias nacionalistas que perseguían la emancipación de los países. La Gran Crisis produjo el quebrantamiento de la tradicional monoproducción y afectó a los grupos sociales vinculados con ella. En casi todos los países latinoamericanos esto hizo que el punto de gravedad de la actividad política se desplazase hacia los sectores urbanos de la sociedad y que se produjesen reacciones dirigidas contra la oligarquía gobernante y contra las fuerzas externas que hasta el momento jugaban un papel dominante y omnipotente en la vida de dichos países. El nacimiento y la actividad del Gobierno de Grau San Martín en 1933 fue un fragmento de este fenómeno más amplio.

Pero, en general, los movimientos que representaban las ten-

¹⁶ Así interpretaba el objetivo de la conferencia desde el punto de vista de los Estados Unidos el representante inglés en La Habana (Morris de La Habana, 14 I 1928 y 31 I 1929, Public Record Office, Londres, FO 371/12759, pp. 10-12, FO 371/13482, pp. 122-127).

dencias indicadas eran fuertemente chauvinistas. Buscaban la emancipación de sus propios países y rara vez también de otros. ¿Qué es lo que motivaba que el nacionalismo cubano—que nosotros preferiríamos denominar nacionalismo revolucionario¹⁷—fuese, lo que aparentemente parece una paradoja, internacionalista?

El nacionalismo revolucionario cubano se distinguía, ante todo, por su base social. Los movimientos populistas que en toda una serie de países latinoamericanos expresaban tendencias emancipadoras eran, por naturaleza, movimientos de masas que movilizaban a las masas para la realización de los objetivos trazados. La revolución cubana de 1933 fue fundamentalmente un movimiento de intelectuales y de estudiantes a pesar de que a medida que pasaba el tiempo y disminuían las posibilidades de supervivencia del Gobierno Revolucionario Guiteras tratase de ampliar esa base. Heredó el haber ideológico del estudiantado.

Claro que el nacionalismo revolucionario cubano pudo desarrollarse tanto porque las masas estaban altamente descontentas. Ese descontento era exteriorizado debido a la actividad tanto del Partido Comunista como del Gobierno Revolucionario. Sin embargo, el movimiento en sí no fue un movimiento de masas. Los grupos similares a lo que más tarde fueron «los descamisados» peronistas constituyeron un pequeño respaldo para el Gobierno de Grau San Martín. El heredero de la corriente izquierdista de aquel Gobierno, el movimiento «Joven Cuba» fue un movimiento de élite y ello no se debió únicamente a que tuviese que actuar en la clandestinidad.

El nacionalismo revolucionario cubano fue, ante todo, el producto intelectual surgido de la corriente que originaron las reflexiones estudiantiles sobre el estado del país. Por eso fue más abierto no sólo a las consignas internacionalistas sino también a la evolución hacia la izquierda que, por ejemplo, los populismos latinoamericanos cuyos portador era—independientemente de su génesis—el creciente movimiento de masas, en el que el nivel de conciencia de éstas fijaba sus fronteras ideológicas.

¹⁷ Formulación empleada por Guiteras. Comp. R. Roa, *La Revolución del 30 se fue a bolina*, La Habana 1969, p. 232.

Es evidente que el nacionalismo revolucionario cubano fue mucho más radical que la mayoría de las corrientes populistas interdependientemente de las muchas consignas populistas que asimilase (la legislación obrera de Grau San Martín, la postura del Gobierno Revolucionario ante las minorías nacionales o la concepción del poder en tanto que representante de grupos sociales distintos, según el pensamiento marxista incluso antagónicos, que estaba plasmada en el programa de la «Joven Cuba»). Y fue más radical a pesar de seguir estando lejos de las concepciones comunistas. Esto concierne tanto al reconocimiento declarativo de que el socialismo es el régimen que se busca (Guiteras y el programa de la «Joven Cuba») como a las reformas concretas (la actividad del Gobierno de Grau San Martín) y a sus proyectos (el programa «Joven Cuba»). Los años de lucha de los estudiantes y de los intelectuales cubanos fuertemente influenciados por la ideología comunista—sobre todo en el período inicial de actividad del Partido—no fueron malogrados.

Pero lo que determinaba su izquierdismo y radicalismo, es decir, lo que determinaba también su postura internacionalista se convirtió en su debilidad. La victoria del nacionalismo revolucionario cubano, de aquella corriente que había surgido no de las masas sino de las reflexiones de pequeños grupos de jóvenes intelectuales, dependía precisamente de la conquista del respaldo de las masas. Como es sabido, en 1933, aquel respaldo no se consiguió. Guiteras no logró organizar la huelga general en el momento de la caída del Gobierno de Grau San Martín y conseguir así el estallido de la revolución popular. El movimiento analizado corrió la suerte de otros movimientos similares surgidos en el Tercer Mundo y que se manifiestan en situaciones en que la sociedad está profundamente atomizada, por ejemplo en los períodos de derrotas o de frustraciones nacionales que ponen al descubierto el atraso, movimientos que en esos casos pueden conquistar el poder, pero no están en condiciones de mantenerlo. La revolución nacida de las tradiciones de Guiteras no triunfó hasta un cuarto de siglo más tarde.

De acuerdo con las concepciones expuestas la lucha por la liberación de Cuba debía formar parte de la lucha por la liberación

de toda la América Latina. Sin embargo, la revolución que comenzó 20 años después de la derrota de la revolución de 1933 triunfó, como es sabido, en un solo país de América Latina. La pregunta de si podría sobrevivir la revolución conseguida en un solo país se hacía más insistente a medida que aumentaba la hostilidad de los países vecinos. Aunque superficial se imponía la comparación con la pregunta de Lenin de si se podría construir el socialismo en un solo país. La analogía se manifiesta también en las respuestas dadas a esas preguntas. Enfrentando enormes dificultades tanto la Unión Soviética como Cuba, cada una en su tiempo, esperaban el desarrollo de los movimientos revolucionarios en otros países. En aquella fase del desarrollo de la revolución cubana Che Guevara, refiriéndose a Guiteras acentuó que personificaba «la idea internacional» de la lucha «antiimperialista y americana» que sostiene Cuba, la idea «que reúne en Cuba, siempre generosa, a todos los hombres del mundo dispuestos a luchar en cualquier terreno por un ideal que no tiene fronteras y que no puede encerrarse en las estrechas limitaciones de la Patria, por importante y profunda que sea esa palabra»¹⁸. Cuando en uno y otro caso se vieron frustradas las esperanzas de un rápido desarrollo de los movimientos revolucionarios en otros países, los dos países concentraron su atención, ante todo, en el desarrollo interno, condición fundamental para la supervivencia de la revolución en un sólo país. Pero aquí termina la analogía. Porque Cuba, a diferencia que la Unión Soviética en sus primeros años, encontró a un aliado. Ahora bien, pese a las previsiones de los revolucionarios de los años veinte y treinta ese aliado no se encontraba en América Latina sino en el otro hemisferio.

(Traducido por Jorge Ruíz Lardizabal)

¹⁸ *Habla et Che Guevara, antiimperialista, del antiimperialista Antonio Guiteras, «Obra Revolucionaria», n° 17, 15 V 1961.*